

El destino de los caballos blancos  
Una historia diferente del siglo XX

*Frank Westerman*

**El destino de los caballos blancos**

Una historia diferente del siglo XX

Traducción del neerlandés de  
Goedele De Sterck

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Dier, bovendier*

En cubierta: Detalle de *Morning Exercise in the Winter Riding School* (1890), de Julius von Blass

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Frank Westerman, 2010

Originally published by Atlas Publishers, Amsterdam

© De la traducción, Goedele De Sterck

© Ediciones Siruela, S. A., 2013

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

Fax: + 34 91 355 22 01

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

ISBN: 978-84-15803-95-9

Depósito legal: M-24.493-2013

Impreso en Cofás

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados de acuerdo con criterios de sostenibilidad

 Siruela

El Ojo del Tiempo

## Índice

<b>Prólogo</b>	<b>9</b>
<b>Genealogía</b>	<b>15</b>
<b>Mapas</b>	<b>16</b>
<b>I</b>	
Con zeta de lipizano	25
Refrescamiento de sangre	38
La pata de grulla	52
Imperial de Austria y real de Hungría	63
¡Las leyes de Mendel!	78
La prueba de obediencia	90
<b>II</b>	
El retorno del tarpán	103
La vuelta a casa	118
Espécimen 4711	128
Orden de apareamiento	145
El criadero	154
Operación Cowboy	166

### III

Fraternidad y unidad	185
Animal Farm	198
Las caballerías de la Guerra Fría	217
El parque humano	224
Conversano Batosta	236
<b>Fuentes y agradecimientos</b>	<b>253</b>

### Prólogo

Para mis hermanos y para mí la guerra transcurrió en paz. En verano no pasaba ni un solo día sin que montáramos a caballo siguiendo el curso del río. Mi padre estaba al frente de una parada de sementales en el sur de Polonia. Tenía a su cargo más de un centenar de animales de raza, los más nobles del Reich. Cada primavera acudían a padrear a la yeguada y en julio volvían con nosotros. Entre ellos había dos esbeltos purasangres ingleses, dos lipizanos de la Escuela Española de Equitación de Viena, cinco bereberes confiscados en Francia, un puñado de árabes tanto cruzados como puros, además de varias bestias de tiro de la raza noric y obedientes huzules, que aprendí a cabalgar con 5 años.

Nosotros vivíamos en Schloss Ochab, una mansión enlucida de blanco que hacía de residencia oficial. Las instalaciones de la parada de sementales de Draschendorf, situadas al otro lado del Vístula, ofrecían cobijo a los talabarteros, los guardianes y los palafreneros polacos, de los cuales los más jóvenes se alojaban en el henar encima de las cuadras. Auschwitz se encontraba a 35 kilómetros río abajo. De niños ignorábamos qué significaba *Konzentrationslager*, campo de concentración. La palabra nos resultaba tan difícil que acostumbrábamos a sustituirla por *Konzertlager*, campo de concierto.

En vísperas de Navidad solíamos escoger un cerdo bien cebado para luego sacrificarlo. «¡Adiós, Churchill!», exclamaba mi padre mientras le cortaba el pescuezo. Entre tanto yo daba saltos de entusiasmo, si bien no tenía ni idea de quién pudiera ser aquel hombre. El carnicero nos preparaba embutidos y rollos de carne que nos duraban meses. En Nochebuena mi madre

entonaba cánticos del cancionero evangélico, acompañándose a sí misma al piano. Mi padre tocaba el violonchelo. Recibía clases de una chelista a la que hacía venir expresamente desde Viena y hacia la cual sentíamos una gran admiración, pues era la única persona que osaba llevarle la contraria.

Mi padre se mostraba duro y severo con sus subalternos, y también con nosotros. Aunque jamás llegó a azotarnos con el cinturón no dudaba en propinarnos bofetadas. Cada cierto tiempo obligaba a los mozos solteros a formar en fila y bajarse los pantalones ante el veterinario, llamado a averiguar si padecían alguna enfermedad venérea.

En el verano de 1944 mi padre mandó instalar una sirena en el tejado de Schloss Ochab e instauró una ronda de vigilancia nocturna para que pudiéramos dormir tranquilos. Comencé a soñar con los rusos: que conseguían apresarnos o capturar los caballos. Teníamos conocimiento de que se acercaban deprisa. Ya habían rechazado a nuestros soldados desde el Volga hasta bastante más allá del Dniéper. Sin embargo, se nos garantizaba que serían detenidos en el Vístula. Nuestra casa se ubicaba en la orilla segura del río, pero la parada de sementales estaba en la ribera oriental. Había que evitar a toda costa que los animales cayeran en manos del Ejército Rojo.

Mi padre empezó a llevar a cabo simulacros de emergencia. Cada vez que hacía sonar de forma inesperada la sirena, todos se apresuraban a ensillar la mitad de las monturas y uncir la otra mitad a los carros y carruajes de la cochera. Avena y heno, cuerdas, aparejos, las herramientas del herrero y del veterinario... Lo cargaban y lo ataban todo. En menos de tres horas se apostaba en la carretera una columna de personas y caballerías. Durante una de esas demostraciones, en presencia de una visita importante, mi padre hasta dio orden de marcha. En lugar de enviar al cortejo por el puente lo mandó directo al Vístula, obligando a todos a vadear el río y encaramarse a la colina situada en la margen opuesta.

«Por si el enemigo nos deja sin puentes», nos explicó por la noche.

El 7 de agosto de 1944, el primer enjambre de cazas rusos surcó el cielo. Salí corriendo. Desde debajo de un haya contemplé cómo pasaban los aviones. El estruendo hacía vibrar el aire. Eran tantos que el ambiente se fue oscureciendo en plena luz del día. De entre los cientos de aparatos que nos sobrevolaban había uno

cuya bodega de pronto se abrió. El proyectil impactó detrás de nuestra casa, junto a las cuadras privadas, donde se alojaban las bestias de tiro así como Hildach, el caballo de silla de mi padre. Me preparé para encajar el golpe, pero no llegó a producirse. Al acercarnos hallamos un depósito de combustible con capacidad para quinientos litros. La gasolina se había desparramado formando unos charcos fangosos. «Una bomba incendiaria», observó mi padre, «destinada para nosotros».

Yo tenía 9 años. En ese momento supe que no nos libraríamos de la guerra.

Nos enseñaron a disparar a mi hermana –dos años mayor que yo– y a mí. «¡Beate! ¡Venga, compórtate como la hija de un soldado!», le gritaban cuando algo le infundía miedo o le resultaba difícil. Ignorábamos que mi padre llevaba semanas tratando de que sus superiores le dieran permiso para retirar los caballos más allá del Óder. Se lo negaron, reacios a mostrar semejante señal de debilidad. Nadie debía saber que el Reich estaba a punto de derrumbarse, de manera que todo siguió como siempre. En la primera semana de 1945 se ultimaron los preparativos para la nueva campaña de cubrición. El 16 de enero celebramos el séptimo cumpleaños de mi hermana Heidi. Vino una amiga suya a casa y todo el mundo estaba alegre. A la mañana siguiente, mi padre recibió una llamada de un teniente coronel. «¡Marchaos de inmediato!», rezaba la orden. Aquella noche los rusos habían cruzado el Vístula y amenazaban con romper las líneas defensivas.

Mi madre se puso a hacer maletas. A mis hermanas Beate y Heidi y a mí nos mandó embalar nuestros cuadernos escolares y un juguete cada uno. Después se sentó a la mesa de la cocina y untó una enorme pila de emparedados. Heidi y yo saldríamos primero, acompañados de un cabo mayor. El cochero ya nos estaba esperando en el trineo para conducirnos a la estación. Aún era de noche y no había más luz que el tenue brillo de la nieve. Me daba la impresión de que el paisaje nos decía adiós. El tren tardó tres cuartos de hora en llegar y, después de hacer cinco transbordos, alcanzamos nuestro refugio al otro lado del Óder, ya no en Polonia, sino en Checoslovaquia.

A altas horas de la noche, nuestro chófer llegó con mi madre, Beate y los dos pequeños en el automóvil oficial. Mi padre venía en coche de caballos. Los soldados y los palafreneros recorrieron el trayecto en cinco días y cinco noches, a  $-20^{\circ}\text{C}$ . Quien viajaba a lomos de una caballería llevaba otra montura de la mano.

Cada hora los jinetes se veían obligados a caminar un buen rato para no congelarse.

Nos instalamos en la finca de una baronesa con suficiente espacio para alojar los caballos. Me creía a salvo, entre otras razones porque el Óder es más profundo que el Vístula. Sin embargo, a primeros de febrero mi madre cayó enferma: sufría un dolor punzante en el bajo vientre. Mi padre la acercó en el coche de servicio al hospital de Olmütz, donde la ingresaron enseguida. Cada dos días, mi padre acudía a verla con uno de sus hijos. Heidi fue la primera en acompañarlo. A la vuelta nos contó que mi madre estaba muy pálida y que tenía las mejillas hundidas. El 15 de febrero fue mi turno. Frau Hartwig, que era quien cuidaba a la paciente, nos estaba aguardando en la entrada. Mi padre se apeó y se dirigió a ella con paso tembloroso. Supe de inmediato que a mamá le había pasado algo. La espera se me hizo eterna, sentado en aquel coche helado. De repente, mi padre se giró hacia mí. «¡Friedel! Mamá ha muerto», me dijo.

Entramos en el hospital, nos apresuramos por los pasillos de alto techo, escaleras arriba. En cuanto divisé el rostro de mi madre, no pude contenerme por más tiempo. Frau Hartwig y las demás enfermeras trataron de consolarme en vano. Hasta que mi padre elevó su voz de comandante. A su juicio, el llanto no era digno de un militar; nos lo tenía prohibido desde pequeños.

Al día siguiente incineramos a mi madre en el cementerio de Olmütz y depositamos sus cenizas en una urna de cobre. Por desgracia, no pudimos entonar su canción favorita, *Befiehl du deine Wege*, pues el organista no disponía de la partitura. Terminada la ceremonia, mi padre nos encareció a Beate y a mí que en adelante nos armáramos de coraje al ser los mayores. Según nos explicó, habríamos de afrontar más momentos difíciles. No nos atrevimos a preguntar a qué momentos se refería. Aun así ambos presentimos que en ese instante nuestro padre compartía con nosotros algo importante del mundo de los adultos, y eso nos bastó para sentir que habíamos crecido de repente.

Al poco tiempo de mi décimo cumpleaños, él se marchó. Había recibido orden de transportar el mayor número posible de caballos por ferrocarril a Dresde, donde intentarían pasarlos al otro lado del Elba. Tan pronto como lograra su propósito, vendría a buscarnos a nosotros y a los quince sementales que no podría llevar consigo en su primer viaje. Mientras tanto, nosotros formaríamos la retaguardia de la parada de caballos de Dras-

chendorf, bajo el mando del sargento Wiszik. Mi padre partió un Sábado Santo y no volvimos a verlo nunca más. Nos despedimos con prisas, porque había que aprovechar la súbita disponibilidad de unos vagones para ganado.

Esperamos todo el mes de abril a que mi padre regresara. Cada día nos llegaban rumores nuevos sobre los rusos. Mientras la vanguardia del Ejército Rojo avanzaba con paso firme hacia Berlín, mucho más al norte de donde nos hallábamos, desde atrás se nos acercaba el frente abierto en abanico. Y mi padre seguía sin aparecer. A finales de abril, el sargento Wiszik decidió obrar por su cuenta y organizó nuestra evacuación. Además de dos cabos alemanes quedaban siete palafreneros polacos. Y los quince equinos, entre ellos Poseur, un purasangre inglés; Nero, un holsteiner; Ibn Saud y Dakkar, ambos árabes de raza cruzada; y dos lipizanos de las caballerizas imperiales de Viena, Conversano Olga y Conversano Gratirosa, unos señoritos plateados de 16 y 22 años respectivamente. Los diferenciábamos llamándolos por su nombre materno, Olga y Gratirosa, lo cual resultaba de lo más cómico al tratarse de dos sementales. Justo antes de que emprendiéramos la huida, el herrero del pueblo les puso herraduras nuevas.

Mi abuela, que vino a vivir con nosotros tras la muerte de mi madre, se acomodó con mis hermanos pequeños en el carramato, cargada como siempre con el bolso de grandes asas donde guardaba la urna que contenía las cenizas de su hija. Estaba previsto que el chófer de mi padre encabezara el cortejo, al volante del automóvil que lucía la banderita de la parada de caballos de Draschendorf, pero, de buenas a primeras, el coche dejó de funcionar y no nos quedó más remedio que llevarlo a remolque. Yo estaba sentado junto al soldado Sylvester en una carreta tirada por los dos lipizanos. Cumplimos a rajatabla las instrucciones de mi padre, con la excepción de que no nos acompañaba ningún explorador montado, ni al frente ni en la retaguardia. En posición de descanso formábamos una pequeña caravana de cerca de 60 metros. Deseábamos marcharnos, pero el comandante local de la *Wehrmacht* no nos dio permiso. Corría el 30 de abril: nosotros no sabíamos que Hitler acababa de suicidarse. Ni el comandante tampoco.

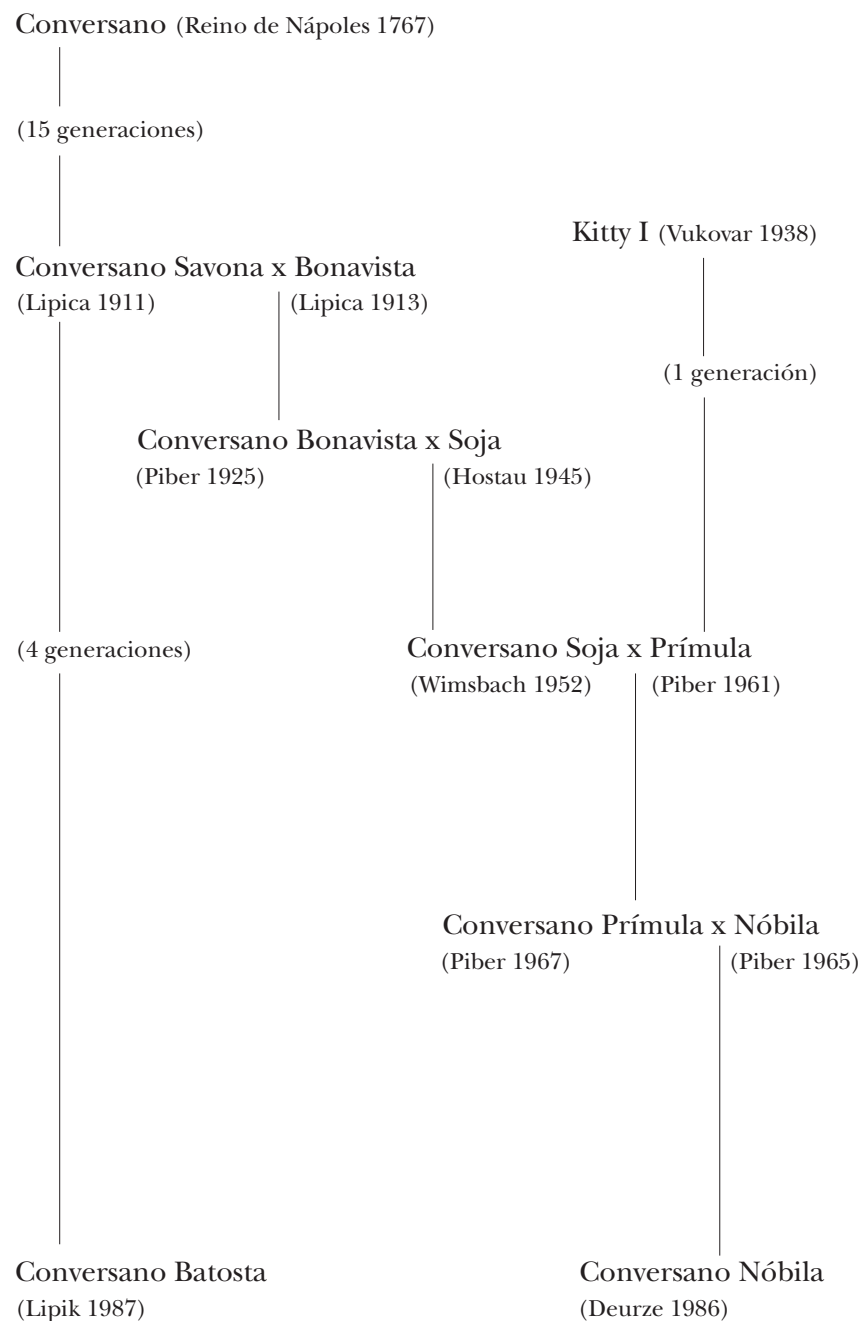
Hubo que esperar al 6 de mayo para que el hombre nos diera luz verde. Pretendíamos movernos hacia el oeste por un camino conocido como *Sudetenstraße*, que rodeaba Praga describiendo

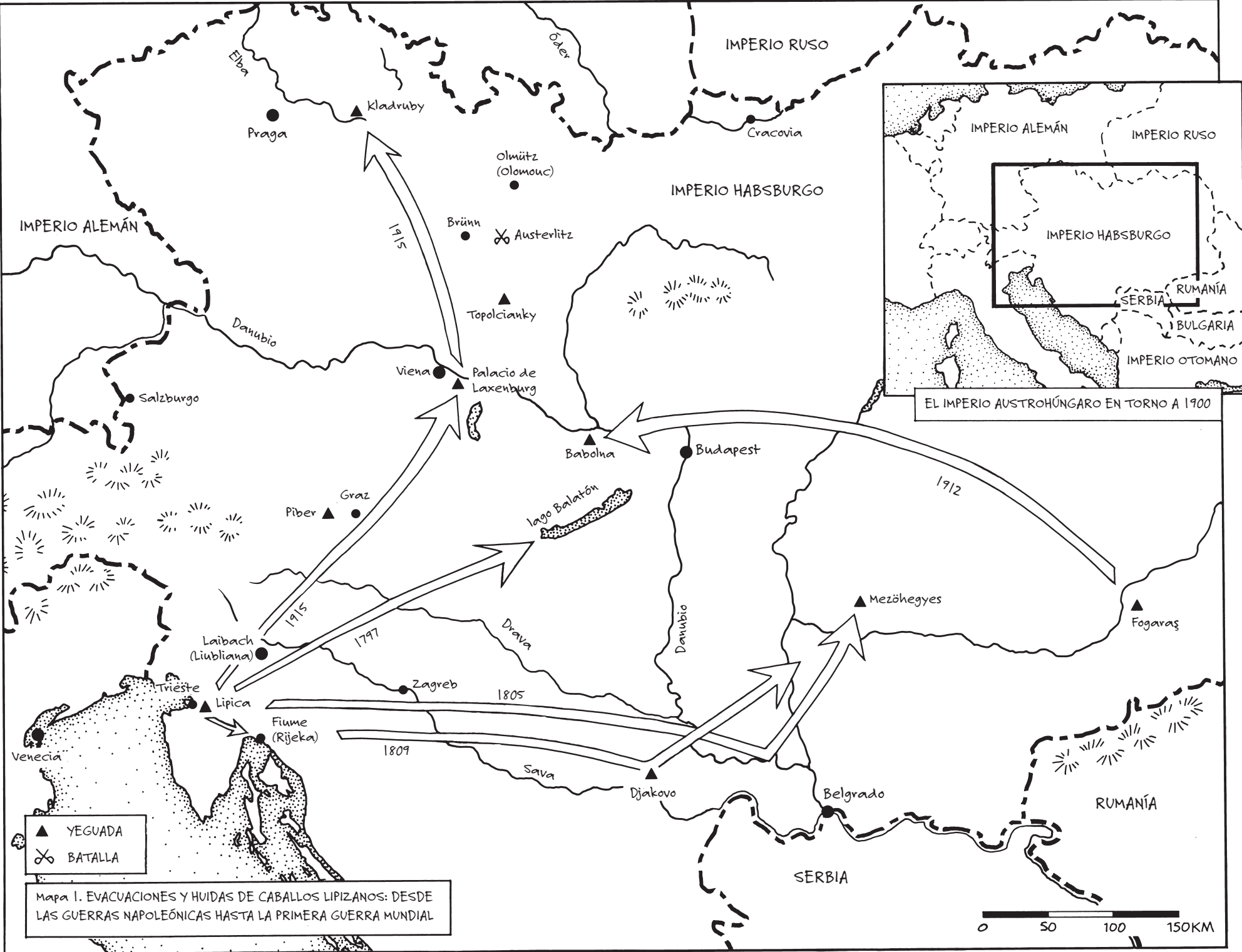
una amplia curva. Nuestro destino era la gran parada de lipizanos de Hostau en la selva de Bohemia, en las proximidades de la frontera con Alemania. Sin embargo, no tardamos en quedarnos atascados: la ruta era demasiado escarpada, llovía sin cesar y los carros llevaban demasiado peso. Aquel primer día recorrimos apenas 20 kilómetros, como mucho. Por fortuna, pudimos hacer noche en una hilandería de lino con montones de paños que nos sirvieron de cama. Tan pronto como cerré los ojos, vi rusos con rostros enrojecidos de cólera por todas partes.

A la mañana siguiente me tocó cabalgar. Además, cada vez que uno de los palafreneros se adelantaba me arrojaba la cuerda del animal que llevaba de la mano. Vendimos nuestro único caballo castrado por seiscientos *Reichsmark* a una familia que poseía una carreta, pero carecía de bestia de tiro. Las carreteras se inundaron de refugiados y columnas de prisioneros de guerra evacuados a pie. Todos los alemanes se daban a la fuga. Nos llegaban los mugidos de las vacas sin ordeñar. Al pasar por delante de las granjas abandonadas, los polacos se bajaban de sus monturas en busca de alimentos, entre ellos huevos, que sorbían de un trago. Tras la pausa del mediodía, que se había prolongado en exceso, se amotinaron. Si no se les pagaba por adelantado en eslotis, dejarían de «matarse trabajando para la familia del comandante». Esas fueron sus palabras. Mi abuela se subió al pescante y les habló en tono autoritario, como habría hecho mi padre. Su discurso surtió efecto, pues al menos decidieron quedarse.

Aun así, en la noche del 8 al 9 de mayo, que pasamos bajo las estrellas, se emborracharon. Teníamos la intención de levantar el campamento al alba. Yo iba a guiar los lipizanos y, es más, ya estaba preparado cuando alguien gritó: «¡Los rusos!». No había nada que hacer. A nuestro alrededor fueron apareciendo rostros femeninos, de rasgos mongoles. Jamás había visto mujeres soldado, y mucho menos asiáticas. Llevaban el fusil cruzado al pecho, y de sus cartucheras colgaban enormes cargadores. Algunas se hallaban tumbadas dentro de unos vehículos. Pensé: «Si fueran alemanas, estarían sentadas con la espalda recta». Vinieron hacia mí dos mujeres sonrientes. Vi brillar el oro en sus bocas. Al instante me apuntaron. Con un movimiento de sus fusiles me dieron a entender que debía bajarme. Estaba convencido de que me llevarían a Siberia. Sin embargo, no sentían el menor interés por un chico rubio pajizo de 10 años. Lo que les interesaba eran los lipizanos. Me obligaron a entregar las riendas, y se acabó.

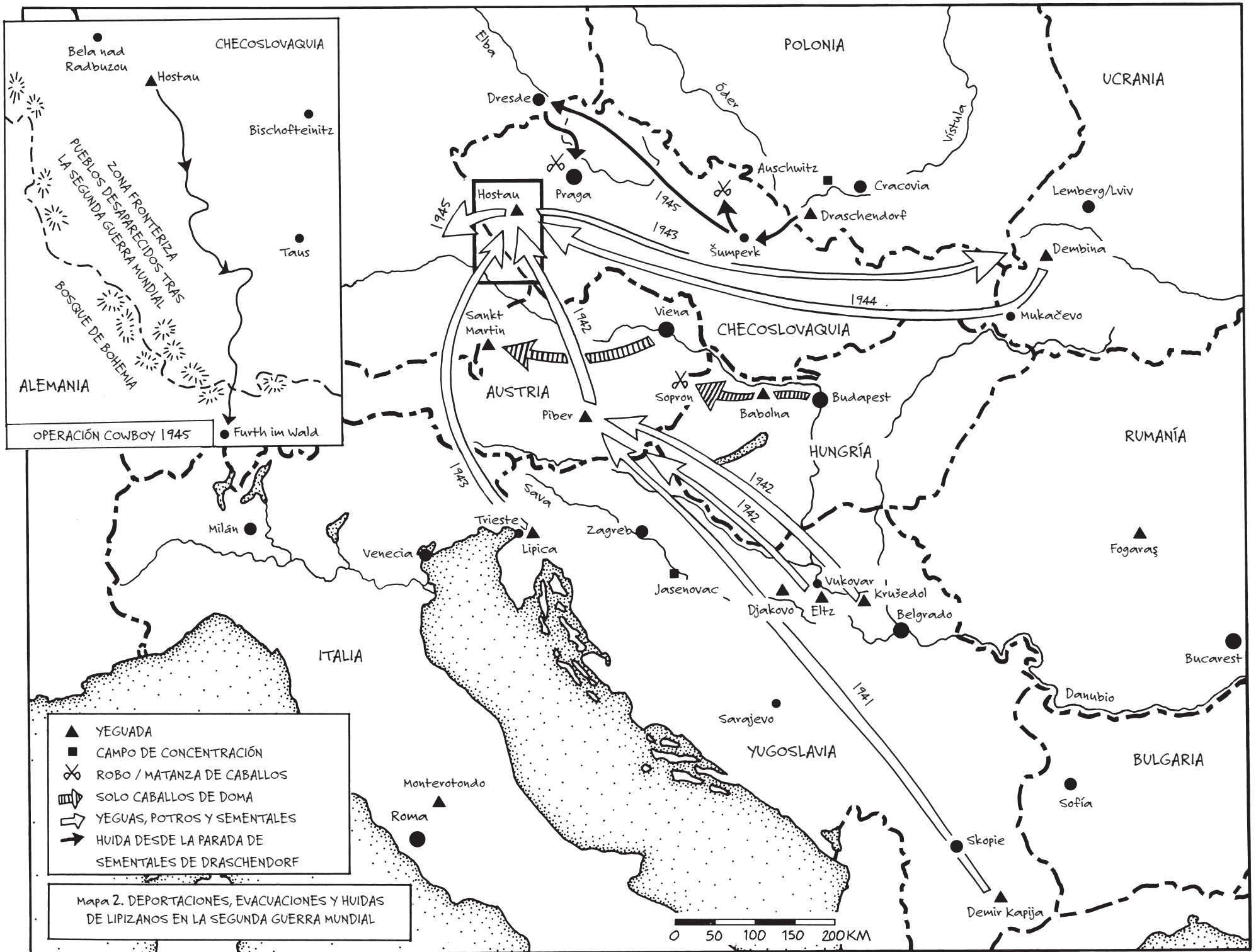
## Genealogía

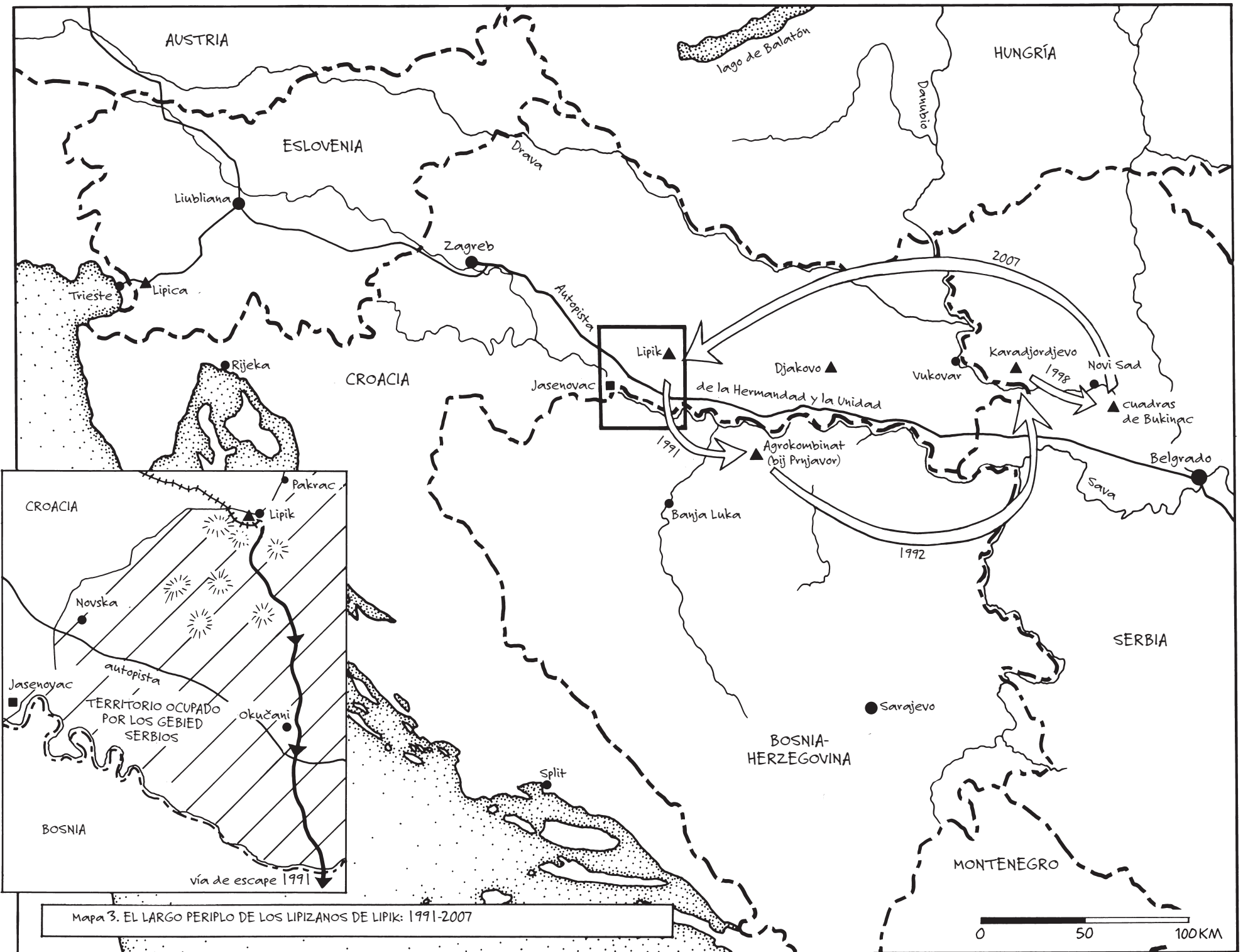




Mapa 1. EVACUACIONES Y HUIDAS DE CABALLOS LIPIZANOS: DESDE LAS GUERRAS NAPOLEÓNICAS HASTA LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL







Mapa 3. EL LARGO PERIPLO DE LOS LIPIZANOS DE LIPIK: 1991-2007